

---

---

Evocación del maestro Hinestrosa Daza

# Un humanista integral, un maestro de la Libertad

JORGE ENRIQUE MOLINA M.\*

---

---

Desde este inolvidable sitio para los Externadistas, vuelvo a ser el alumno de la Universidad Externado de Colombia, donde aprendí a amar la Libertad, el Progreso y la Paz. Precisamente aquí mismo presenté el examen de grado ante Fernando Hinestrosa Forero quien para orgullo mío, fue mi Presidente de Tesis. Ofrecí la misma a mis padres y a mi maestro y Rector Ricardo Hinestrosa Daza. En la dedicatoria dije: "Ofrezco esta tesis a quien fue mi profesor de Civil, y me ha enseñado a que el Derecho sirve para armonizar los impulsos de la civilización con los principios liberales que deben estar al servicio de Colombia".

Ningún centenario ha concitado tantas plumas, ni provocado el recuerdo de tan gratas memorias como el que, aún por anticipado, todos hemos concurrido a celebrar en este año 1986 alrededor de la Universidad Externado de Colombia. Fundada el 15 de Febrero de 1886, desde aquél remoto momento su génesis y desarrollo significaron ahondar en la historia de un país que buscaba sus cauces y derroteros. En este mismo año, 1886, las Instituciones, el pensamiento, y las fuerzas liberales del país, debían ceder, perdida la guerra del 85, a las arrogantes manifestaciones absolutistas de la

---

\* Abogado del Externado de Colombia, rector de la Universidad Central, expresidente de la Asociación Colombiana de Universidades, ASCUN, miembro de la Junta Directiva de Procultura, directivo de SOLAR, presidente de Compensar, presidente de la Federación Colombiana de Ajedrez.

Regeneración. Como respuesta, un joven dirigente liberal, heredero de los gólgotas del 49, de los doctrinarios del 63, de los radicales del 67, no resignado a la derrota militar de la Humareda en 1885, llamado Nicolás Pinzón Warlostén, fundaba, ahí mismo en las galerías de la actual Plaza de Bolívar el "Colegio" que, desde entonces, con fisuras temporales pero no históricas, se ha llamado Externado, para que a él concurrieran los jóvenes y adultos, sin los sometimientos del internado ni de las impuestas normas confesionales de los creadores de la Constitución del 86.

Allí comenzó la historia que hoy nos compromete y nos llena de emoción, que perfiló los caminos que hoy trasegamos con profunda satisfacción. Ahí desembocó en feliz hora, la tenacidad y la sapiencia de quienes integraron el tantas veces relegado, el inútilmente olvidado, Olimpo Radical, con figuras descollantes de nuestra historia patria, como Florentino González, Manuel Murillo Toro, Santiago Pérez, Nicolás Esguerra, Francisco Javier Zaldúa, Eustorgio Salgar, Felipe y Dámaso Zapata. Igualmente ahí se dieron cita, en esa esquina de nuestra plaza mayor, cuando aún era común el olor de la grama fresca y el gris de las ruanas acogedoras, todos aquellos patriotas liberales que soñaban con perpetuar los idearios planteados desde la Constitución de Rionegro, entre ellos, Salvador Camacho Roldán, Froilán Largacha, Juanuario Salgar, Aníbal Galindo, Santiago Pérez, Isaías Castro Vélez, Nemesio Camacho, y desde luego, Nicolás Pinzón Warlostén. En ese sitio, y luego en la sede de la Carrera 13, Nos. 211 y 229, donde comenzaba el famoso Camellón de la Alameda, que conducía desde San Victorino hasta San Diego, repito, comenzó a fundirse, como en un crisol radiante, la personalidad de quien iría a ser piedra fundamental en la continuación y consolidación de aquella aventura liberal del 86, y quien, después de las rectorías de su fundador, y del maestro Diego Mendoza Pérez, sería su tercer y definitivo guía material y espiritual: Ricardo Hinestrosa Daza.

De la cara Rionegro, en Antioquia, había venido su abuelo paterno, don Pedro Hinestrosa. De la misma ciudad llegaría, años después, a Bogotá, otro de sus grandes amigos, Baldomero Sanín Cano. Y si en 1886 moría la Constitución de Rionegro, con el espíritu liberal Externadista, reiniciaría su camino ideológico. El grado de Doctor en derecho lo alcanzó Hinestrosa Daza en 1892 con una tesis perdurable por sus postulados ecuanímenes de agudas observaciones y sobre la necesidad y las limitaciones de los partidos políticos en Colombia. Llegaba apenas a los 18 años, entonces, y ya

se sabía que este joven profesional tenía alientos de libertad, corazón de maestro y piel de esteta.

Había conocido, Hinestrosa Daza, a José Asunción Silva cuando éste entraba en su infranqueable carrera hacia la muerte, y en medio de libros de derecho, mientras se liquidaba la sucesión de don Ricardo Silva, y más tarde cuando José Asunción quería asustar a los incrédulos comerciantes bogotanos fundando una empresa de mosaicos y azulejos y visitaba la oficina del abogado Ricardo Hinestrosa Trujillo. Los dos, el Ricardo joven y el poeta, hablaban de literatura y de poesía. Debió ser consolador para éste, en medio de su crisis financiera y espiritual, tener un amigo con quién hablar sobre Renán, Anatole France, Barrés, o Leopardi. Como lo fue para Guillermo Valencia a su llegada a la inescrutable Bogotá de aquellos tiempos, y encontrarse con un ensayo favorable a su poesía escrito y publicado por este joven estudiante de derecho.

Desde la llegada de Baldomero Sanín Cano a Bogotá, en 1886, un grupo de jóvenes intelectuales abrazaron la idea de la renovación modernista, entre ellos Silva, Hinestrosa Daza, Víctor M. Londoño, Máx Grillo, Laureano García Ortiz, Guillermo Valencia, Aquilino Villegas, Cornelio Hispano. Es una de las épocas más ricas en la historia de la cultura hispanoamericana, esta la de fines del siglo XIX. Es el momento en que se forman y comienzan a rendir cuentas grandes escritores, como los colombianos ya citados, y otros del continente, como Manuel González Prada, José Enrique Rodó, Manuel Ugarte, Fernando Ortiz, José Ingenieros, José Vasconcelos. Son hombres que por lo ecuménicos no distinguen entre ciencia y arte, entre sapiencia y modestia, entre bondad y entrega, que ven al mundo como un todo integrado a la verdad y a la felicidad humana. Creen en la utopía de un mundo americano mejor. Las guerras no los pervierten, porque si han llegado a pelear, lo han hecho por la paz.

Así se comprende a cabalidad, la mejor calificación que se le puede dar al maestro Hinestrosa Daza: la de humanista integral. Porque estuvo al lado de Silva, de Valencia, y del también ecuménico Baldomero Sanín Cano. Con ellos fundó la *Revista Contemporánea*, dedicada a la literatura y al arte, donde escribió ejemplares ensayos sobre pintura, música y literatura. También en el campo de la abstracción política, en el de la educación, en el de la justicia, en el de la economía, en el del periodismo, en el del parlamento, en el de la

Academia, en el de las matemáticas (porque también fue profesor de matemáticas), descolló con maestría, que fue su don natural.

Vista la figura de Ricardo Hinestrosa Daza a la distancia, lejos de su aquilatada y radical modestia para quienes fuimos sus alumnos, hoy se nos agiganta y la vemos en su real dimensión.

Hombre ejemplar: la guerra lo llevó hasta el grado de Coronel en 1899. En ella se salvó por milagro, gracias a una frase filosófica gritada en el fragor de la batalla. Un proyectil había atravesado su brazo derecho, y años después escribiría en su español diáfano:

“Contra el yunque de la guerra, el más formidable de los en que se forjan los destinos humanos, golpeó el Partido Liberal de Colombia durante tres años, que fueron tres siglos”, y, también este párrafo revelador:

“Con la piedra de toque cruelísima de los hechos, esos tres años y aquellos cinco lustros fueron de una revaluación amarga e irreverente que no dejó en pie ninguno de los que por destruísimos en las artes de la paz y de la guerra se nos ofrecieron en las oficinas de expendio de las fantasías populares. Feliz el poeta que, quizá por serlo, conserva a pesar de todo el consuelo de la fe”.

Terminada la guerra, perdidos los “días libres que soñamos para nuestra patria”, permeados de la “melancolía de la esperanza”, como él mismo escribiera, se acentuó en su ser, lo que en el fondo era y hasta su muerte sería: sus pedagogías fueron la ciencia, el arte, la tolerancia, el diálogo, la comprensión mutua, el respeto por el individuo social, los cuales moldearon al maestro, que dobló de apostolado su misión para servir al prójimo.

Darío Echandía hizo de él una exaltación que nos revela la dimensión de su existencia: “Llegado a la cumbre de una ancianidad aureolada de lucidez y decoro, consagró los supremos esfuerzos de su ánimo a ser fiel hasta el fin al imperativo constante de una vida patricia: servir”.

El maestro Hinestrosa pronunció cuando le celebraban, en 1954, sus 80 años de vida una frase que queremos recoger, porque sirve para exhibir como medallón: “Los diez y seis lustros que ya completó mi vida no despejan su opacidad; pero sí pueden pregonar,

tal vez con inmodestia, que han transcurrido sin haber hecho a sabiendas a nadie un mal, ni dado un paso indecoroso”.

Un maestro porque nos enseñó, con su comportamiento, a ser hombres de conducta, porque como lo dijo Antonio Rocha, en una noche munífica del año 42, “cuán difícil es ser, como Ricardo Hinestrosa Daza un buen ciudadano; qué tarea más esforzada que la de imponer equilibrio y sentido al vivir cotidiano”. Para ello, agregaba, se necesitaba: “Ser juristas y equitativos; informar, sin deformarlas, a las juventudes en las cátedras; amar en silencio y sin fatiga la belleza; magnificar la propia vida sin mengua de la ajena; orientar sin subyugar, exaltar la patria y servirla”. Y todo esto había sido, y lo seguirá siendo hasta su muerte en 1963, el maestro por antonomasia, Ricardo Hinestrosa Daza.

Ser ciudadanos en toda la extensión de la palabra lo aprendimos quienes venimos y vivimos en el Externado, y lo recibimos como lección viva de quien hablaba del derecho romano con la misma naturalidad con que discurría sobre la concepción del arte o la música de Wagner o la de Schumann. De quien había fusionado ciencia y arte, aunque las distinguiera con lucidez envidiable (alguna vez escribió: “creo que la ciencia le sirve al arte, pero no puede reemplazarlo”). De un humanista, que tanto en la cátedra como en la jurisprudencia, convirtió el Derecho en síntesis de vida palpitante, y nos enseñó a abandonar la exégesis árida para darle nueva dimensión a la ley con una interpretación humana y social. Ya Darío Echandía, poco después de la muerte de nuestro Rector, expresó:

“Hijo (Hinestrosa Daza) de su siglo, creyó que no bastaba el análisis gramatical de los textos para desentrañar su cabal y perfecto significado; que una plena formación jurídica requiere ponerse al paso con la vanguardia intelectual que la meditación sobre las leyes no es sino un aspecto del estudio de las sociedades, de la teoría política, del saber económico, de todas las disciplinas que tienen por objeto al hombre. Sabía que los preceptos del derecho no se han formado al azar ni en el vacío, ni como meras abstracciones, sino que son el producto de mil circunstancias exteriores concretas, que han venido modificándose sin pausa en el transcurso de milenios y trayendo una pareja alteración progresiva en las reglas que los hombres idearon para alcanzar en la vida social un orden justo”.

Alcanzar un orden justo había sido una de las metas de los inte-

grantes del Olimpo Radical. “De ahí —como lo escribiera en otra de sus páginas magistrales, el Doctor Fernando Hinestrosa Forero— su preocupación obsesiva por la instrucción general, la enseñanza de las artes y oficios y la educación superior; su convicción de la necesidad y la posibilidad de eliminar la miseria, y su exigencia de asegurar la comunicación y de sentar las bases para el desarrollo económico y social de los pueblos, fundado en el esfuerzo individual y colectivo”.

El Maestro Hinestrosa Daza desde su tesis sobre los partidos políticos y sus ensayos de arte, propugnó por una armonía dentro de la tolerancia, de una justicia que eliminara las posibilidades de una civilización en que el hombre fuera un lobo para el hombre o que permitiera la reducción de unos por otros. Escuchemos estas palabras suyas ahora cuando nos reúnen la esperanza y los recuerdos de sus duros tiempos:

“No tememos insistir demasiado sobre los males que producen los excesos en cualquier sentido, ya por sí mismos, ya originando contra movimientos cuya violencia es proporcionada a la de la acción. Debemos tener siempre presente que el medio más eficaz y lógico de obrar no es por la imposición sino por el convencimiento, y que medidas impuestas siempre están en peligro de caer ante los embates constantes y tenaces del descontento de los oprimidos; que si son funestos los excesos de una libertad improvisada, no lo son menos las pretensiones autoritarias de penetrar en el sagrado recinto adquirido de la acción individual, y las vallas que al empuje, pronto o tarde, violento de éste, locamente se intenten oponer, y que si no hay libertad sin orden, tampoco hay orden sin libertad, salvo el orden sombrío y siniestro de la inmovilidad agonizante”.

Son las palabras de un Maestro de 18 años que aún no conocía el psicoanálisis ni las ciencias sociales modernas; son las de un profeta liberal que desde sus estrados docentes, cuando ascendió a la rectoría del Externado en 1933, perpetuó lo que desde el 23 había firmado como profesor de planta: la libertad de cátedra, la pluralidad de las ideas, el debate científico, y la reconciliación universal del hombre.

¿Para qué la vida, rescatada de la guerra y de la muerte, sino para convivir dentro de lo justo y la libertad anhelada? Dentro de su credo sano de tolerancia sin contemporizar, el Maestro Hinestrosa Daza creyó en la bondad del hombre, en la cordialidad de la vida,

en las posibilidades de la convivencia pacífica. Cuando en 1942 cumplió sus primeros 50 años de ejercicio profesional escribió como enseñanza una guía que debería escribirse en el portalón de los sueños de los abogados jóvenes:

“Grandes satisfacciones tuve, no tanto cuando gané pleitos en que triunfó la justicia, como cuando, terminándolos o previniéndolos con arreglos amigables, vi coronada mi labor con reconciliación de amistades rotas, y lo que amenazaba ser tempestuoso choque se trocaba en amistad cordial”.

Eran así expresados los sentimientos propios de un Maestro, de un hombre bondadoso, inteligente y sabio. Verdades de quien creía en estos pueblos y pidió, con gesto martiano, en su ensayo sobre el impresionismo y Andrés Santamaría, que no nos impusieran modas desde afuera porque “nuestras sensaciones son todavía las de un pueblo nuevo, es decir, vigorosas”. Concepciones magistrales de quien integró, junto a Antonio Rocha, Juan Francisco Mújica, Miguel Moreno Jaramillo, Eduardo Zuleta Angel, y otros grandes juristas la que se llamara la “Corte Admirable”, en la década del 36. Posturas de aquel hombre que siempre le ganó al sol de la mañana, y caminó rutas y senderos sin conocer el cansancio en días fraternales. Vocación filial de quien en 1900 le agradecía a sus padres, por encima de todas las cosas, el haberlo educado para cumplir con el deber de ciudadano, y que, a su vez, como mejor legado dejó a sus hijos su decoro y su inmensa vocación cívica. Inteligencia y sencillez de quien en 1933, estampó una hermosa frase que señala la hondura de su conducta frente a la ciencia, cuando al recibir la Rectoría del Externado dijo:

“La Diosa casualidad me atribuyó el don de ser guardián de una heredad sagrada”.

Desde entonces, el Externado, que ocupaba su quinta sede en la terraza del Edificio Pasteur, comenzó a crecer pausadamente pero sin interrupciones, bajo la tutela del guardián magnánimo, del maestro infatigable, del humanista y del profeta.

La heredad sagrada, no obstante, debía tener sede propia. De lo contrario, su peregrinaje podría dar al traste con años de sacrificios y sus tesoros intelectuales zozobrar en medio de las incertidumbres. Con ahorros sumados entre todos, se compró este lote en el barrio Santa Fe, en 1940, precisamente donde hoy hablamos y

aquí se levantaron y aún perduran estas aulas sagradas. En 1942, el Maestro pudo decir, con la pasión de quien llega a la meta: "El Externado tiene casa propia. Ya la criatura no morirá". Su felicidad y la de quienes le acompañaban brilló con la mejor recompensa por el deber cumplido.

En 1969, el Externado pasaría a la parte más alta de la ciudad, bajo la Rectoría de su hijo Fernando, celoso guardián de una heredad sagrada que crece con los años. El mandato filial y el haber escuchado, cerca de la ternura y de la fe las palabras que señalarían su conducta en el futuro, entrelazadas con la certeza en la ciencia, lo han guiado en sus desvelos de prócer joven de la nacionalidad.

Cuatro principios han guiado e idealizado la vida de Fernando. La lealtad, palabra de encumbrada nobleza en el catálogo de la virtud social; la bondad que para él, como para Benavente, es la alegría de sembrar más que la de recoger; la de la amistad que es el más ínclito de los valores humanos y la probidad que la prolonga en el tiempo de los recuerdos de las enseñanzas heredadas.

Desde esta casona de la carrera 16, que Hinestrosa Daza siempre llamó "mi colegio", él derramó sabidurías y ejemplos. Con ellos nos modeló a todos. Y además repartía esperanzas: las de Nicolás Pinzón Warlostén, las de Diego Mendoza Pérez, las suyas, que venían desde 1886, para que hoy pudiera, ese otro joven maestro Fernando Hinestrosa, escribir lo que ha representado el Externado en la historia cultural de Colombia.

"Cien años de educación para la Libertad".

En estos claustros, Hinestrosa Daza dictaba sus cátedras de Derecho y, a la par, las de ciudadanía de bien y de ética familiar. Nos cubrían ellas sin discriminación a los suyos y a toda la familia Externadista, que cada día se esparce y se fortalece por los rincones de la Patria. En estos claustros, que desde hace veinte años amparan las labores docentes de nuestra Universidad Central, seguimos recibiendo el influjo del maestro Ricardo Hinestrosa Daza, y nos orienta su sombra tutelar, su espíritu liberal, su caudal humanístico. De aquí, desde estas mismas aulas, que repetimos llamaba "mi colegio", le decimos al Maestro Ricardo que aspiramos a seguir su ejemplo, que viviremos rememorando su figura; viviremos escuchando su voz grave y serena, su sonrisa plena, sus pasos con-

